

La exégesis de Dante

Florenca, 1905.

Desde Fiésolo, donde un convento enseñorea su campanario sobre ciclópeas ruinas de gentes etruscas, vimos apagarse un crepúsculo entre las siluetas gentiles de Florenca. Decoración de colinas en el panorama, perfume de flores primaverales en el viento, penumbra en el fondo silencioso de la quebrada, indecisas claridades en las cimas lejanas.

El Arno, inquieto, pone la cinta de su reflejo especular en las sinuosidades del valle, ora insinuándose delgado y recto como una aguja de plata perdida entre el pedregullo, ora abriéndose como una trenza desflecada cual si quisiera esparcir más lejos sus caricias húmedas sobre las riberas. Diríase, por momentos, que se adivinan en el murmullo de su cauce imperceptibles ecos de grandes voces extinguidas; lamentaciones de Dante, chismes de Boccacio, retóricas de Savonarola, bandos de algún glorioso Médicis, sonar de trompetas güelfas y gibelinas. Junto al río, visiones evocadoras. Un puente vetusto afirma el orgullo de sus siglos y de las grandes plantas que lo hollaron; el campanario de Giotto pavonea su gracia única, esbelto como

un talle de virgen botticelliana y atrevido como un capricho de orfebrería; la curva plétórica del domo yergue hacia el cielo su masa uniforme como el túrgido seno de una Venus del Ticiano; la torre cuadrilátera de la Señoría, sitio de lides heroicas cual las que el poeta griego narró de Aquiles y de Héctor, se perfila elegante como una pieza de ajedrez digna de ser jugada por la mano de la Virgen del Granduque; bloques de mudos palacios respetados por los siglos, como si el tiempo no osara vejar la gloria de sus antiguos señores; palacios dominadores como castillos, seguros como fortalezas, donde, empero, puede un artista reconstruir las horas intelectuales del Renacimiento cuai si las leñera en las mismas crónicas de Dino Compagni. Y después más domos, más torres, más palacios, todo esfumándose timidamente en la sombra del valle, mientras en lo alto el sol dora todavía la atmósfera de la ciudad. Diríase un halo de oro pulverizado sobre una bella hetaira dormida junto al Arno.

Un crepúsculo en el Coliseo invita á meditar sobre lo transitorio de toda grandeza humana; frente á las Pirámides egipcias sugiere hondo respeto de cosas ignotas que se presienten á medias; junto á Florenca instiga á la recordación de momentos dulces, de amables ritmos, de melodías suavísimas, de gestos agraciados. No en vano sorbieron de su ubre Alighiero y Boccacio—padres del idioma armonioso—, Maquiavelo agudo, Galileo firme, y á un tiempo mismo Donatello, Brunelleschi, Chiberti y Della Robbia, clarividentes maestros de líneas y de formas. Su misma savia proficua nutrió al suave y candoroso Giotto, á Botticelli ingenuo y sentimental, al Angélico misticamente inefable y á cien que preludiaron la hora—suprema en la his-

toría del arte—en que Leonardo, Rafael y Miguel Angel trabajaron juntos para este renacimiento de la belleza grecolatina, ahogada en pocos siglos de cristianismo. Después llegó la decadencia, una decadencia tan ilustre y suntuosa que pudo ostentar un Benvenuto Cellini. Más tarde... hoy... ¡lástima grande que D'Annunzio, Michetti y Bistolfi no sean florentinos!



Faltó una cosa en el renacimiento de Florencia: la música. Pero la hubo á raudales en los tercetos de la *Divina Comedia*, y la Galería Pitti custodia el expresivo *Concierto* de Giorgione, que vale en color y luz lo que otros en timbre y sonido.

Florencia conserva su tradición de ciudad intelectual. En primavera invita á amar la vida y á vivirla hermosamente; no mentiría al proclamarla primera entre las ciudades bellas. Entiéndase que tal sería una opinión de artista: un *rastaquoere* daría su voto por París, donde el Moulin Rouge le interesa más que el Louvre. Un hombre normal votaría por su terruño, donde están las cosas irremplazables en su cariño.

La Naturaleza brinda al valle del Arno una primavera digna de Virgilio ó de Longfellow; justo es que haya inspirado á Botticelli su extraordinaria Alegoría. Algún poeta ha dicho que el Abril de los países fríos es un niño que despierta entre sueños de angustia y de muerte, mientras la primavera meridional es una hermosa joven que se levanta con sueños de ilusión y de amor. El primero surge de una tumba y queda sorprendido al verse entre guirnaldas; la otra baja sonriente del cielo cabalgando un haz luminoso de sol.

* * *

Entre tantas remembranzas admirables, el espíritu del pensador ó del artista se remonta al extraordinario gibelino

...che sorresse il mondo  
in suo pugno e le fonti
dell' universa vita ebbe in suo cuore.

Pero es vano el esfuerzo mental; representarse á Dante es un ensayo de objetivación superior á toda capacidad humana. Es imposible ubicarlo, siquiera sea con la imaginación más retrospectiva, en esta Florencia que vió sus luchas y arrulló sus sueños.

Para los estudiosos de su poema, Dante no es un hombre ni un personaje de leyenda. Los hombres son temas para el biógrafo, el novelista ó el dramaturgo; los dioses y los héroes son temas para el genio: de Homero á Wágner.

Dante es más. Más que los hombres, porque fué un genio; más que los dioses y héroes de leyenda, porque existió, dejándonos su obra suma, la más bella gloria de Italia. Si bajo el cielo del Apenino sólo hubiese germinado el espíritu de Dante—y sabemos que germinó allí el de Leonardo, otro magnífico—, ello bastara para que todo cerebro exquisito depusiera su ofrenda votiva ante la madre cuna del gran mundo latino.

Los dramaturgos han querido revivir su tipo. El último ensayo, en que naufragó Victoriano Sardou, tuvo más de profanación que de apoteosis. ¡Quién dijera al altísimo poeta que su viaje misterioso por la *selva selvaggia ed aspra e forte—cha nel pensier rinnova la paura*, donde para penetrar es fuerza vencer la Envidia, la Soberbia y la Avaricia, simbolizadas en el encuentro con la Pantera,

el León y la Loba, quién le dijera que sólo inspiraría bellos gestos de comediante, arrancando de la turba plateal el aplauso estrepitoso que consagra á las mediocridades, pero que es irreverente detracción, sin ritmo y sin gloria, para el genio!

Dante está fuera de nuestra capacidad de objetivación; por eso, entre bastidores, semeja una rara gema engarzada en armadura de dublé. Dante se lee meditando. La multitud inorgánica del teatro no puede juzgarle: el ascua nunca fué juzgada por la escoria.

En el más tenebroso de sus círculos infernales ubicaría el poeta á sus profanadores, si les sorprendiese en el crimen de violar su alcazaba marfilina.

* * *

El de Sardou no fué el primer ensayo de representación objetiva de Dante ó de su obra.

Antes que del personaje, los dramaturgos abusaron de su poema. Es memoria que algunos pasajes de la *Divina Comedia* fueron adaptados escénicamente para los «misterios» en Francia, donde el espectáculo semirreligioso incubaba los gérmenes del teatro moderno. Con ese procedimiento, durante el siglo XV, enmarañáronse los espíritus colocados ante la complicada sumidad del símbolo y entre las pasiones tempestuosas que mueven la comedia divina del poeta.

Mas correspondió á nuestro tiempo la total palíngenesia escénica del Alighiero. Presentado por el uno y citado por el otro, fué, en la escena, con diligente prudencia, por dos artistas eminentes: Bovio, el poeta filósofo, y D'Annunzio, el incomparable orfebre.

Antes que del pensador, digamos del orífice. Y antes que hablar de él, oigámosle:

*...Io fui talvolta
nella casa di un sommo cantore
nominato Casella
e quivi convenivano taluni
gentili uomini: Guido Cavalcanti
tra gli altri, cavaliere dei migliori,
che si diletta del dire parole
per rima, e Ser Brunetto
dottissimo rettorico
tornato da Parigi,
e un giovinetto
degli Alighieri nominato Dante.
E questo giovinetto mi divenne
caro, tanto era pieno
di pensieri di amore e di dolore,
tanto era ardente ad ascoltare il canto.
E alcuna volta ebbe da lui un bene
inatteso il mio cuore
che sempre chiuso era; perchè la troppa
soavità del canto
alcuna volta lo sforzava a piangere
silenziosamente,
e, vedendolo anch'io con lui piangevo.*

Hemos leído que en la Pérgola, la noche del estreno de la *Francesca da Rimini*, cuando Paolo dijo admirablemente esos versos de Gabriel D'Annunzio, un vago murmullo recorrió la sala, indeciso, indefinido, y muchos se cambiaron miradas intranquilas, que parecían preguntarse: «¿Qué es esto?» Y los versos, aunque dulcísimos y recitados con exquisito sentimiento de arte, no despertaron ni la simple insinuación de un aplauso; el goce de la emoción estética estaba inhibido por un sentimiento de inexplicable sorpresa. Parecía imposible que un personaje cualquiera, aunque fuese de la más pura cepa intelectual, evocara así, humana-

mente, el nombre de Dante, hablando de él como de persona con quien hubiese vivido en amistosa familiaridad.

*
* *

Bovio fué más osado. Hizo de Dante el protagonista de su *Il Millenio*, tercera parte de la preciosa trilogía iniciada con *Cristo alla festa di Purim* y *San Paolo*. Callaremos del *Leviathano* y el *Socrate*, ajenos á la trilogía y muy inferiores á ella.

El drama de Bovio no es teatralizable, en el concepto actual del teatro; es la evocación de un arte ático por excelencia, sintético á la vez que simbólico, impregnado con profunda filosofía, obra de un genio complejo en que el pensador da la mano al artista y al sabio. En esa forma es justificable su exégesis del florentino, á quien confiere toda la plenitud de la videncia histórica, de la profecía.

En *Cristo* y *San Pablo*, el cristianismo entra en Roma, la hace Ciudad Divina; Dante señala *El milenario* de la Ciudad Terrenal, italiana. Es la demolición del reinado divino y el advenimiento del reinado humano; Dante es profeta de Italia y su Comedia es la Biblia nueva.

Demasiado símbolo, acaso, en esta exégesis, y también demasiada profundidad de pensamiento. Pero siempre notamos una alta finalidad en el espíritu del autor: la palabra es solemne, el ambiente sereno, el gesto majestuoso. Dante, llevado á la escena de esa manera—lo mismo que Cristo, San Pablo y Sócrates—, no pierde su respetuosidad solemne; por eso, naturalmente, el genio dramático de Bovio no es de los que arrancan aplausos á los públicos mediocres, sino de los que podrían inducir

silenciosas meditaciones á un estilista de la filosofía histórica.

*
* *

Así, *cum dignitate*, mueve á Dante el filósofo; con respetuosa indolencia le nombra el esteta. Y con todo, Dante humanizado no se concibe. Dante es el venerable ciudadano del mundo creado por su genio. Su descenso al centro de la tierra, al través de las bolgias del infierno, su transmigración al otro hemisferio, su ascensión por la montaña del purgatorio y su llegada al empíreo, donde Beatriz le llama y le espera, son hechos que parecen constituir la realidad de su vida, son verdaderos accidentes biográficos. Dante, para nosotros, no ha pensado su mundo, lo ha vivido. Ha visto la selva y las fieras que á su ingreso espantan; ha encontrado á Virgilio, su guía y maestro; en la puerta infernal ha leído las palabras de color obscuro; la narración de Francesca martirizó verdaderamente sus oídos; entre el ladrido de *Cerbero* escuchó los ayes de los golosos, acoquinados bajo la lluvia de granizo; luego vió el pantanoso Estigio y llegó á Malebolgia; encontró á Ugolino y á Farinata. Vió suceder los días, restringiéndose su ambiente en espiral imbutiforme, con las ciudades de arcos incandescentes, los ríos de sangre, la selva de árboles animados, cuyas ramas destroncadas manan ayes y lágrimas; cruzó los desiertos de candente arena, donde cae pausada y uniforme la lluvia de fuego; surcó la gélida landa en que yacen enterrados los pecadores, y más allá la fresca marina do el ángel toma las almas destinadas á llegar á la isla mística, las etapas que se escalonan para llegar al paraíso terrestre, los cielos estrellados, el

ambiente de bonanza divina, donde todo es luz y armonía.

Ese es Dante, esa su vida. Comienza en aquel recodo del camino, donde se le encuentra, perdida la recta vía. De vuelta se le ve salir del paraíso y parece descender del cielo hacia los hombres por una vía luminosa de nubes resplandecientes, con la actitud de un estoico sublime, pensativo. Profundamente pensativo.

* * *

Abstraer á Dante de ese mundo que él mismo se ha creado, que es el único suyo y exclusivamente suyo, es obra descabellada. Aquel que quiso *descriver fondo a tutto l'universo*, no puede tener otro escenario que el universo mismo.

No se crea por ello que Dante no es sujeto para ser interpretado en perdurables joyas de arte. Por el contrario, tanto simboliza en su mentalidad y en su obra, que ofrece al talento altísimas inspiraciones simbólicas ó simplemente representativas. Pero siempre dentro de la majestad del arte.

El escultor Canciani, concurriendo al premio *Roma* de la Academia de Viena, eligió á Dante como tema de su obra, que en verdad es magnífica. Un macizo de roca se eleva sobre un basamento abrupto; de pie, sobre el borde, Dante, sereno y grave, contempla con ojo lánguidamente compasivo á los condenados que en desesperante desnudez se agitan junto al pedestal informe, debajo de la roca. Así ha podido el artista presentar al creador, Dante, junto con una parte de la cosa creada, un jirón del infierno. La serenidad del poeta contrasta con la angustia dolorosa que se refleja en los movimientos espasmódicos de los pecadores en pena.

Dante, en esa obra de arte verdadero, permanece superior, distinto de los hombres. El genio es así: vive siempre en un plano aparte, sobre la humanidad: astro que guía, antorcha que ilumina, palanca que mueve.

* * *

Cuando se estrenó en Londres el reciente drama de Sardou, no dejamos de preguntarnos á quién había pedido el actor Irving, creador del personaje, el cerebro, el corazón y la palabra del sumo poeta. Encarnar á Dante en cualquiera de nosotros, aun en el mejor de nosotros, es convertirle en liliputiense. Se obtiene la caricatura, entre sarcástica y lamentable; aparece el contraste abismático entre la silueta que sale de los bastidores y el Dante del poema supremo, el Dante que culmina sobre toda la historia de la literatura, el Dante universal que concebimos extrahumanamente aguijoneando nuestra fantasía. ¿Cómo explicar á Sardou que lo infinitamente grande no cabe en un escenario?

Sardou no ha podido resucitar aquel ambiente social, aquellos tiempos, aquellos caracteres psicológicos; ha buscado—é hizo bien, porque es su oficio—los efectos que el grueso público gusta y aplaude, prodigando al autor el éxito inmediato. Su preocupación ha sido la plasticidad escénica, el aparatoso relumbrón de las bambalinas llamativas, los contrastes pasionales de tonos explosivos. Algunos de sus artefactos son al drama verdadero como las vírgenes de oleografía á las suaves madonas del Ghirlandaio y del Perugino.

La conclusión no admite reticencias. Dante pertenece á otra vida y á otros tiempos. No revive

en la encantadora Florencia de hoy. En el drama de D'Annunzio se le presiente apenas; en el de Bovio se le adivina ó intuye; no cabe en el escenario dramático de Sardou. Dante no se concibe en nuestra vida moderna. Es el viajero de su propia Comedia; hay que buscarle entre las páginas de su misma obra, en el mundo aparte creado por su genio.

Florencia, cuna del hombre, no ilustra al poeta. Lo evoca.

La enfermedad de amar

Nápoles, 1906.

«La víspera de su enlace con una hermosa doncella, un joven señor, el príncipe Pignatelli, se suicidó descerrajándose un tiro sobre el corazón. En su lecho se encontró abierto un volumen de poesías de Leopardi, en la página que contiene los versos «A sí mismo». En la habitación, libros de Nietzsche y de Schopenhauer. El suicidio se atribuye á una intensa neurastenia y á la influencia de la lectura de esos libros.» Esta noticia de policía, aparecida en los diarios entre el hurto de un portamonedas y un accidente de automóvil, es la última página de una historia breve; pero es también el último episodio clínico de una enfermedad.

El joven príncipe era un elegido del amor; la vida se entreabría ante él como una invitación auroral. Había amado muchas veces, aunque siempre á medias; cien arreboles de ensueño fugaz habíanse sucedido en su corazón, que era un vergel de frivolidades.

Después le llegó su turno, como á todos. Ella le sonrió una vez; fué en la hora indecisa del véspero, frente al golfo que el Vesubio decora, bajo un cielo de sol y de fantasía. En Italia, país de las pasiones